

Alimentación de los cuatro mil - Marcos 8:1-13

(Mr 8:1-13) *“En aquellos días, como había una gran multitud, y no tenían qué comer, Jesús llamó a sus discípulos, y les dijo: Tengo compasión de la gente, porque ya hace tres días que están conmigo, y no tienen qué comer; y si los enviare en ayunas a sus casas, se desmayarán en el camino, pues algunos de ellos han venido de lejos. Sus discípulos le respondieron: ¿De dónde podrá alguien saciar de pan a éstos aquí en el desierto? El les preguntó: ¿Cuántos panes tenéis? Ellos dijeron: Siete. Entonces mandó a la multitud que se recostase en tierra; y tomando los siete panes, habiendo dado gracias, los partió, y dio a sus discípulos para que los pusiesen delante; y los pusieron delante de la multitud. Tenían también unos pocos pececillos; y los bendijo, y mandó que también los pusiesen delante. Y comieron, y se saciaron; y recogieron de los pedazos que habían sobrado, siete canastas. Eran los que comieron, como cuatro mil; y los despidió. Y luego entrando en la barca con sus discípulos, vino a la región de Dalmanuta. Vinieron entonces los fariseos y comenzaron a discutir con él, pidiéndole señal del cielo, para tentarle. Y gimiendo en su espíritu, dijo: ¿Por qué pide señal esta generación? De cierto os digo que no se dará señal a esta generación. Y dejándolos, volvió a entrar en la barca, y se fue a la otra ribera.”*

Introducción

Este milagro es muy parecido al descrito en **(Mr 6:32-45)**. Por esta razón, algunos críticos han pretendido probar que se trata de un solo milagro, que se repite por descuido. Pero el mismo Señor se refirió a ambos como dos ocasiones distintas:

(Mr 8:19-20) *“Cuando partí los cinco panes entre cinco mil, ¿cuántas cestas llenas de los pedazos recogisteis? Y ellos dijeron: Doce. Y cuando los siete panes entre cuatro mil, ¿cuántas canastas llenas de los pedazos recogisteis? Y ellos dijeron: Siete.”*

Por lo tanto, al comenzar este estudio debemos evitar tratar este incidente como una insignificante repetición. Siempre que nos acerquemos al estudio de la Biblia lo hemos de hacer con la convicción de que cada palabra ha sido inspirada divinamente y tiene algo importante que enseñarnos.

Por otro lado, un estudio atento de ambos incidentes nos mostrará numerosas diferencias entre ellos:

- El primer milagro fue obrado inmediatamente después de la misión de los Doce, mientras que éste tuvo lugar durante la gira del Señor con sus discípulos por la región de Decápolis.
- En la primera ocasión la multitud había estado con Jesús un día, mientras que en la segunda habían pasado tres días.
- Las personas que comieron también fueron diferentes; en uno cinco mil y en el otro cuatro mil.
- La provisión que tenían a mano, en la primera ocasión consistía de cinco panes y dos peces, mientras que aquí había siete panes y unos pocos pececillos.
- La cantidad que sobró también fue distinta: en uno recogieron doce cestas de mimbre, y en el otro siete grandes espuertas de cuerda.

- Después del primer milagro, el Señor mandó a los discípulos que subieran en la barca y emprendieran el viaje de regreso solos, mientras que aquí el Señor va con ellos a Dalmanuta.

Pero aunque las diferencias son numerosas, lo cierto es que ambos milagros consistieron básicamente en lo mismo: multiplicar panes y peces para dar de comer a una gran multitud. La pregunta que nos surge entonces es ¿por qué razón el evangelista recoge dos milagros tan parecidos? Las razones pueden ser varias. Veamos algunas de ellas:

- Era una nueva evidencia para aquellos críticos que se empeñaban en cerrar sus ojos y no querían reconocer a Jesús como el Mesías de Dios.
- Nos muestra que la provisión de Cristo es inagotable y siempre es suficiente para cubrir cualquier necesidad.
- Notemos también que la primera multiplicación tuvo lugar entre judíos, mientras que la segunda fue en la región de Decápolis, donde la población era mayoritariamente gentil. De este hecho podemos aprender que Cristo vino a satisfacer el “hambre” tanto de los judíos como de los gentiles.
- Y dada la reiterada falta de comprensión y la poca fe de los discípulos, la repetición del milagro era lógica.

“En aquellos días, como había una gran multitud”

Aunque esta expresión “*en aquellos días*” es un tanto imprecisa, sin embargo sirve para situarnos en el mismo ambiente de los últimos incidentes que ha narrado el evangelista, lo que nos coloca en territorio gentil dentro de la región de Decápolis (**Mr 7:31**). Y nos da a entender, que a pesar de los esfuerzos del Señor para que la gente no divulgara sus milagros (**Mr 7:36**), su fama había crecido también en estas partes de mayoría gentil. Este hecho se ve confirmado aun más porque como Jesús señaló, “*algunos habían venido de lejos*” (**Mr 8:3**).

Tal era la admiración que sentían por Jesús, que las multitudes le seguían sin tomar en consideración que la comida se les había terminado y que se encontraban en un lugar desierto. ¡Tan magnética era su presencia, tan maravillosas sus palabras y obras, que los que le acompañaban sentían que era casi imposible dejarle!

“Tengo compasión de la gente”

Jesús se percató de la necesidad de la gente y llamó a sus discípulos. Con esto quería enseñarles que el verdadero siervo de Dios debe ser capaz de ver las necesidades de las personas y preocuparse por ellas con un corazón tierno.

Pero al mismo tiempo, estaba dándoles a los discípulos una segunda oportunidad. No olvidemos que la situación era similar a la que habían vivido poco tiempo antes, pero allí no habían sido capaces de estar a la altura de lo que Jesús esperaba de ellos. El Señor vuelve a repetir la lección para ellos. La verdad es que esto es exactamente lo que el Señor hace muchas veces con nosotros también; hay ciertas cuestiones básicas que debemos aprender antes de continuar con otras nuevas, y el Señor mismo se encarga de volvernos a llevar a situaciones similares donde tenemos que volver a enfrentar nuestros fracasos, pero dándonos nuevas oportunidades.

Una de estas cosas que los discípulos no lograron entender adecuadamente la primera vez, era la responsabilidad que ellos mismos tenían frente a la multitud, y el corazón compasivo que les hacía falta para atenderles.

“¿De dónde podrá alguien saciar de pan a éstos aquí en el desierto?”

Nos extraña oír a los discípulos preguntar esto cuando algún tiempo antes habían sido testigos oculares del poder del Señor para satisfacer la necesidad de una gran multitud en circunstancias casi idénticas. Era más que razonable que ellos mismos se sintieran impotentes para alimentar a cuatro mil personas en un desierto, pero por la fe deberían haber puesto su confianza en el poder infinito de Jesús.

Algunas veces estos discípulos nos parecen los más torpes e incrédulos de toda la tierra, pero no es así, sino que desgraciadamente representan la tendencia de los creyentes en todo tiempo de olvidarse de las grandes muestras del poder de Dios a su favor, cuando nuevamente se les presentan problemas que, aparentemente, no tienen solución.

“¿Cuántos panes tenéis?”

Sin duda, la insinuación que Jesús les hizo para que ellos les dieran de comer, era un gran desafío para su fe. Por un lado, les estaba diciendo que no debían pasarle a otro la responsabilidad de ayudar. Y por otro, que no debían esperar a tener todo lo necesario para comenzar a ayudar, sino que debían empezar por entregar lo que tuvieran y verían lo que el Señor podía hacer con ello. En muchas ocasiones nosotros también nos comportamos de la misma manera; esperamos a que todas las circunstancias sean las ideales antes de pensar en ayudar.

Debemos notar también que aunque el Señor podía dar de comer a las multitudes por sí mismo, no obstante buscó la colaboración de los suyos. Aprendemos de esto que cuando queramos que Dios actúe, no debemos esperar que él lo haga todo, porque él quiere que nosotros participemos en la obra que él realiza, y tal vez debamos ser los que demos el primer paso. Por supuesto, nosotros sólo podemos “traer el pan”, y tiene que ser él quien lo multiplique. Nosotros podemos llenar las tinajas de agua, pero él es quien debe convertirlo en vino (**Jn 2:7-9**).

Algunos preguntan: ¿qué puedo hacer yo si estoy en una iglesia apática donde nadie tiene interés por la vida espiritual? La respuesta es: comienza por vivirla tú mismo.

“Y comieron, y se saciaron”

En las manos omnipotentes de Jesús, siete panes y unos pocos peces resultaron suficientes para satisfacer a cuatro mil hombres. Y algo similar ocurrirá si colocamos nuestras vidas en sus manos.

Pero no debemos perder de vista un detalle importante de este nuevo milagro. Como ya hemos dicho, Jesús estaba en territorio gentil, y acababa de saciar de pan a una enorme multitud de ellos. Esto implicaba que las “migajas” que caían de la mesa de los judíos para los gentiles (**Mr 7:27-28**), serían una porción tan generosa como la que ellos disfrutaban.

“Vinieron entonces los fariseos y comenzaron a discutir con él”

Después del milagro, Jesús se fue con sus discípulos a la región de Dalmanuta. Se desconoce la ubicación exacta de este lugar. Pero rápidamente hicieron su aparición los fariseos, que una y otra vez buscaban a Jesús con la finalidad de condenarlo ante el pueblo y de acabar con su creciente popularidad.

Marcos nos dice que comenzaron a discutir con él y buscaban la forma de tentarle. No deja de extrañarnos su actitud. ¿Qué había que discutir después de otra manifestación tan clara del poder y la misericordia de Jesús? ¿No deberían más bien haberse rendido a sus pies en adoración?

“Pidiéndole señal del cielo”

Estos judíos rebeldes no estaban dispuestos a reconocer a Jesús, ni aun después de que hubiera realizado una señal tan claramente mesiánica. Pero claro está, tenían un grave problema, porque tampoco podían negar las grandes obras que él hacía, así que, lo único que su impío corazón ideó fue exigirle una señal “a medida”. Tal vez alguna señal espectacular como las que hizo Moisés ante Faraón, o como el gran trueno del cielo que vino como respuesta a la oración de Samuel y que dio al pueblo de Israel la victoria sobre los filisteos, o como el fuego que Dios envió del cielo y que consumió el sacrificio del profeta Elías.

Para ellos la alimentación de los cinco mil no era un milagro lo suficientemente grande y claro. Tampoco lo eran todos los enfermos que había sanado, o los demonios que expulsaba, o los muertos que resucitaba. En estas circunstancias, esta perversa petición, manifestaba la ceguera voluntaria y obstinada de estos líderes de Israel. Con ellos se cumplía perfectamente el dicho popular: “no hay peor ciego que el que no quiere ver”.

Su problema, como el de muchos hoy en día, no era la falta de evidencia, sino la falta de fe. Por muchas más señales que Jesús hiciera, estos hombres no iban a creer, porque sencillamente, no querían creer. Eran como Faraón, que ante cada nueva señal que Dios hacía por medio de Moisés, su corazón se endurecía cada vez más.

Finalmente el Señor dijo que eran unos hipócritas, porque sabían discernir el aspecto del cielo, pero no las señales del tiempo. Eran una *“generación mala y adúltera”* (Mt 16:3-4).

“Y gimiendo en su espíritu”

En vista de la gravedad de esta situación, el espíritu humano del Señor se conmovió en lo más hondo. Sin duda, se lamentaba de la ruina que estos hombres estaban acarreado a sus propias almas. Porque aunque eran enemigos declarados de Jesús, él no podía contemplar sin dolor cómo se endurecían en su incredulidad.

Esta también es una lección importante para todos nosotros, que pocas veces nos dolemos por los pecados de otros y sus consecuencias. Veamos cómo expresaban este dolor algunos de los creyentes en la Biblia:

- David decía: **(Sal 119:136)** *“Ríos de agua descendieron de mis ojos, porque no guardaban tu ley”*.
- El resto fiel en los días de Ezequiel: **(Ez 9:4)** *“...gimen y claman a causa de todas las abominaciones que se hacen en medio de ella”*.

- El mismo Lot: **(2 P 2:8)** *“este justo, que moraba entre ellos, afligía cada día su alma justa, viendo y oyendo los hechos inicuos de ellos”*.
- Y el apóstol Pablo llegó a decir: **(Ro 9:2-3)** *“...que tengo gran tristeza y continuo dolor en mi corazón. Porque deseara yo mismo ser anatema, separado de Cristo, por amor a mis hermanos, los que son mis parientes según la carne”*.

“No se dará señal a esta generación”

Después de haber gemido, Jesús declaró de forma muy solemne que no se les daría la señal que ellos pedían. Hasta ese momento, ellos habían interpretado las señales de Jesús como obra de Satanás **(Mr 3:22)**, y no había ninguna garantía de que hiciera lo que hiciera, ellos lo fueran a ver de otra manera.

Aunque Marcos dice que no se les daría la señal que le pedían, en el pasaje paralelo de Mateo, vemos que Jesús añadió: *“pero señal no le será dada, sino la señal del profeta Jonás”* **(Mt 16:4)**. Esta señal apuntaba, tal como explicó el mismo Señor, a su muerte y resurrección **(Mt 12:39-40)**.

Cuando años más tarde el apóstol Pablo predicaba a los judíos, ellos seguían pidiendo señales para creer **(1 Co 1:22-23)**, pero nuevamente, la única señal que él presentaba era la cruz y resurrección de Cristo.

Pero el tiempo de la gracia se terminará un día para los incrédulos, y entonces sí que verán la señal del cielo que ellos pedían, pero ya será demasiado tarde. Como Jesús le dijo al sumo sacerdote cuando era interrogado por él: *“Te conjuro por el Dios viviente, que nos digas si eres tú el Cristo, el Hijo de Dios. Jesús le dijo: Tú lo has dicho; y además os digo, que desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo...”* **(Mt 26:63-64)**.

La Biblia nos enseña que habrá una señal extraordinaria en los cielos: el regreso de Jesús a la tierra, en gloria y majestad. Pero para los que no hayan creído cuando esto acontezca, en ese momento se sellará su condenación eterna.

“Y dejándolos, se fue”

¡Qué frase más solemne! Habían rechazado su última oportunidad de ser salvos y el Señor les volvió la espalda para marcharse de en medio de ellos. Esta es una verdad que hay que recordar: hay límites a las oportunidades que se presentan a los hombres para aceptar la gracia divina. Dios dijo antes del diluvio: *“No contendrá mi Espíritu con el hombre para siempre”* **(Gn 6:3)**. El pueblo de Israel en su viaje por el desierto pudo ver todas las obras de Dios, pero sin embargo, provocaron a Dios y le tentaron **(Sal 95:8-11)**. Esa fue la razón por la que toda aquella generación incrédula quedó tendida en las arenas del desierto.

Por eso la Biblia nos exhorta continuamente: *“Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones”* **(He 4:7)**.

Preguntas

1. ¿Cuáles son las razones por las que cree que el Señor hizo dos milagros tan parecidos? Explique su respuesta.
2. ¿Qué cosas piensa que los discípulos no habían entendido en el primer milagro de la multiplicación de los panes? Razone su respuesta.
3. ¿Por qué preguntó Jesús a sus discípulos cuántos panes tenían?
4. ¿Le parece razonable la actitud de los judíos que vinieron para discutir con Jesús? Explique la gravedad de tal actitud.
5. Aunque Jesús se negó a darles una señal “a medida” tal como ellos pedían, sin embargo, hemos considerado en la lección que todavía les daría dos señales más.